

vieron que el venerable rostro de la anciana estaba inmóvil y que tenía los ojos cerrados; estaba dormida, o fingía estarlo para no perturbarles.

Entonces se sintieron solos, el uno del otro.

Ambos temblaban, cogidos de las manos.

El se inclinó hacia Gaud para besarla en la boca; pero ella apartó sus labios, y con la misma castidad que la noche en que se dieron palabra de casamiento, los apoyó en la mejilla de Juan, helada por el viento de la noche.

.....
Fuera de la cabaña, la misma orquesta invisible y discordante de los elementos continuaba entonando su salvaje serenata para celebrar la noche de novios.

Y la gran tumba de los marinos estaba allí cerca, inquieta, devorante, embistiendo contra las rocas de la costa con los mismos golpes sordos. Una noche u otra había que caer en el abismo profundo; debatirse en él, en medio de las rocas negras y heladas: ellos no lo ignoraban...

¡Qué importa! Por el momento estaban en tierra firme, al abrigo del furor del viento y de las olas. Entonces, en la morada pobre y sombría eternamente azotada por la tempestad, se entregaron el uno al otro, sin preocupación ninguna de la muerte, embriagados, mecidos deliciosamente por la magia incontrastable del amor...

XXXIV

Fueron marido y mujer por espacio de seis días.

En vísperas de la partida, las cosas de la expedición a Islandia ocupaban a todo el mundo. Mujeres jornaleras estivaban la sal en los sollados de los barcos; los hombres disponían los aparejos, y en casa de Juan, como en la de los demás pescadores, toda la familia trabajaba en los preparativos de la campaña. El tiempo era sombrío, y el mar, que sentía la aproximación del equinoccio, estaba picado y turbulento.

Gaud sobrellevaba con angustia estos preparativos inexorables, contando las horas rápidas del día, precursoras de la noche, en que, concluido el trabajo, tenía a su marido para ella sola.

¿Tendría que verle partir así en los años sucesivos? Ella esperaba poderle retener, pero no se atrevía a hablarle todavía del asunto; le parecía prematuro. Y sin embargo, él también la amaba mucho: experimentaba hacia su mujer una ternura tan confiada y tan nueva para él, que los mismos besos, las mismas caricias, con ella le parecían *otra cosa*; y cada noche sus embriagueces de

amor iban aumentándose la una por la otra, sin que la llegada del día las encontrase calmadas.

Lo que constituía para Gaud una sorpresa encantadora era encontrar para con ella tan dulce, tan afable a aquel Juan a quien varias veces había visto en Paimpol afectar un supremo desdén con las muchachas. Con ella, por el contrario, no abandonaba un momento la cortesía cariñosa que parecía innata en él, y nunca se encontraban sus ojos sin que los labios de Juan se entreabriesen con aquella plácida sonrisa que la recompensaba de sus pasados disgustos. Y es que en las naturalezas sencillas y honradas como la de Juan Gaos hay el sentimiento y el respeto innato de la majestad de la esposa, sentimiento que establece un abismo entre ésta y la amante, mero objeto de placer a quien siempre se trata con desprecio.

Su felicidad la inquietaba: parecía algo demasiado inesperado; inestable como los sueños...

Por de pronto, ¿duraría siempre el cariño que Juan le demostraba? A veces, le venían a la memoria sus queridas de Paimpol, sus aventuras ruidosas y sus arrebatos de cólera, y entonces temía por su felicidad. ¿Le guardaría siempre la misma ternura infinita, el mismo cariñoso respeto?

Verdaderamente, seis días de vida matrimonial no eran nada para un amor como el suyo; nada más que un pequeño adelanto percibido a cuenta del tiempo de la existencia, que podía ser tan largo para ellos. Apenas habían tenido tiempo bastante de hablarse, de hacerse cargo de que se per-

tenecían mutuamente: todos sus proyectos de bienestar moral y material habían tenido forzosamente que ser aplazados para la vuelta.

¡Oh! Era necesario impedir a toda costa que continuase en aquel duro oficio de pescador de Islandia. Pero ¿qué hacer para conseguirlo? ¿Cómo vivirían entonces, siendo pobres el uno y el otro? Y después, ¡él amaba tanto su profesión!

Ella, a pesar de todo, se proponía emplear toda su voluntad, todo su corazón y toda su inteligencia en hacerle adoptar otro modo de vivir. Ser esposa de un marino islandés; ver aproximarse con tristeza todas las primaveras; pasar todos los veranos en una dolorosa ansiedad... no; la idea de aquel porvenir de alejamiento y de zozobra le causaba demasiado espanto.

La víspera del día en que debían darse a la vela hizo un tiempo primaveral. Juan lo pasó todo entero con su mujer, y los dos esposos se pasearon del brazo por los caminos, como hacen los enamorados, muy cerca el uno del otro, y diciéndose mil cosas tiernas. Las gentes de los alrededores sonreían al verles pasar.

—¡Es la bella Gaud, con Juan Gaos, el de Pors-Even!

—¡Cómo se conoce que son recién casados!

¡Hermoso día aquel! Era particular y extraño el ver de pronto aquella gran calma de la Naturaleza, y sin una sola nube de aquel cielo, habitualmente tormentoso. Ni un soplo de viento. El mar estaba manso y tranquilo en su uniforme matiz azul

pálido. El sol resplandecía con un intenso brillo blanco, y el rudo país bretón se impregnaba de aquella luz como de una cosa fina y rara, pareciendo alegrarse y revivir hasta en sus lejanías más profundas. El ambiente, deliciosamente tibio, estaba cargado de aromas primaverales; hubiérase dicho que se inmovilizaba para siempre; que ya no podría haber nunca días sombríos ni tempestades. Los cabos, las bahías, sobre los cuales no pasaban ahora las grandes sombras cambiantes de las nubes, dibujaban al sol sus largas líneas inmutables, como descansando también en el seno de tranquilidades sin fin... Todo parecía concurrir a hacer más suave y duradera la fiesta del amor. Y cuando Gaud preguntaba:

—¿Cuánto tiempo me amarás?

Juan le respondía, como asombrado por la pregunta, mirándola fijamente con sus hermosos ojos de franca expresión:

—¿Cuánto tiempo? Siempre, Gaud, siempre.

Aquella sencilla frase en los labios del pescador tenía su verdadero sentido de eternidad.

Ella se distraía contándole las cosas maravillosas de aquel París donde había habitado algunos años, pero que no lograban entusiasmar al rudo marinero.

—Tan lejos de la costa y rodeado de tantas tierras, tu París debe ser muy malsano—contestaba Juan—. Debe haber muchas enfermedades asquerosas en esas ciudades tan grandes de tierra aden-

tro; no; lo que es yo, no querría vivir en un agujero semejante.

Gaud sonreía, asombrándose de ver la candidez de un niño en un hombre tan grande.

A su vez, él refería cómo era la Islandia; los veranos pálidos y sin noches; los soles oblicuos que no se ponen nunca. Gaud se hacía explicar las cosas que no comprendía bien.

—El sol da toda la vuelta, toda la vuelta—decía paseando su brazo extendido sobre el círculo lejano de las aguas azules—. Está siempre muy bajo, porque, ya ves, no tiene fuerza bastante para subir; a media noche, arrastra un poco la orilla de su disco sobre el mar, pero en seguida se levanta y continúa dando su paseo en redondo. Hay veces en que también aparece la luna al otro extremo del cielo, y pasean los dos, cada uno por su lado, sin que se les distinga demasiado al uno del otro, porque el sol y la luna se parecen mucho en ese país.

Gaud quería saber también qué cosa eran los *fiords*, porque había visto escrita muchas veces esa palabra en las lápidas conmemorativas de los naufragios; los tales *fiords* le hacían el efecto de una cosa siniestra.

—Los *fiords*—explicaba Juan—son grandes bahías como, por ejemplo, la de Paimpol; solamente que allí están completamente rodeadas de montañas tan altas, que no se ve nunca dónde acaban, porque sus cimas están escondidas entre las nubes. Te aseguro que es un país triste. Figúrate que no se ven más que piedras sobre piedras,

y que las gentes de la isla no saben lo que es un árbol. A mediados de Agosto, cuando hemos concluido nuestra pesca, hay que tomar el camino del regreso, porque comienzan las noches y la obscuridad dura todo el invierno. También hay allí sobre la costa, en un *fiord*, un pequeño cementerio por el estilo del nuestro, donde son enterrados los del país de Paimpol que han muerto durante las temporadas de la pesca, o que se han ahogado en el mar y luego se han encontrado sus cadáveres. Sobre las sepulturas hay cruces de madera, como aquí, con los nombres de los difuntos. Allí reposan los dos hermanos Goazdiou, de Ploubazlanec, y también Guillermo Moan, el abuelo de Silvestre.

Gaud creía estar viendo aquel pequeño cementerio al pie de los cabos desolados, bajo la pálida luz sonrosada de los días sin fin, y se representaba en su imaginación a aquellos muertos durmiendo el sueño eterno bajo el hielo, cobijados bajo el sudario negro de las noches, largas como los inviernos.

—¿Y todo el tiempo estáis pescando, no descansáis nunca?

—Todo el tiempo. Y además hay que atender a la maniobra, porque el mar no siempre está tranquilo por allí. ¡Diantre! Lo que es cuando llega la noche, te respondo de que está uno bien fatigado, y se tiene un apetito de salvaje.

—Pero ¿no os aburrís nunca?

—¡Nunca!—contestó Juan con un aire de con-

vicción que hizo daño a su mujer—; cuando estoy a bordo, te juro que se me pasa el tiempo sin apercibirme.

Margarita inclinó la cabeza, sintiéndose más triste, más vencida por el mar de Islandia.

Al desaparecer el sol de aquel hermoso día de primavera que habían pasado juntos, la caída de la noche tornó a traer el sentimiento del invierno, y entraron en casa para cenar al calor de la chimenea, donde ardía un gran fuego de ramaje.

Después salieron para que Juan se despidiera de sus padres, y luego de cumplido el deber filial, se fueron a acostar muy temprano, con intención de estar levantados cuando rayara el alba.

* * *

A la mañana del día siguiente, el muelle de Paimpol estaba animadísimo. Quince barcos debían salir con la *Leopoldina*, y las familias de los que los tripulaban iban a despedirse de ellos, para estar juntos hasta el último momento. Gaud se asombrada de verse mezclada a aquellas mujeres, mujer también de un islandés y traída allí por la misma causa fatal que las otras. Desde hacía unos días su destino se precipitaba de tal manera, que apenas había tenido tiempo de representarse bien la realidad de las cosas, deslizándose por una pen-

diente irresistiblemente rápida, había llegado a aquel desenlace inexorable, que ahora le era necesario soportar, como lo hacían las otras; las que ya estaban acostumbradas.

Nunca había asistido de cerca a semejantes escenas de despedida; todo le era nuevo y desconocido. Entre tantas mujeres, no había ninguna a quien pudiera considerar como su igual; sentíase aislada entre la multitud, diferente de ellas. Su pasado de señorita rica, que subsistía a pesar de su nueva posición, le creaba como una plaza aparte.

Y no faltaban en torno de Gaud otras jóvenes, lindas como ella, bien interesantes con sus ojos llenos de lágrimas: habíalas también distraídas o risueñas, que no tenían corazón para sentir, o que por el momento no amaban a nadie. Algunas viejecitas, que se sentían amenazadas por la muerte, lloraban al separarse de sus hijos: los amantes se abrazaban estrechamente, y varios marineros cantaban para alegrar la partida, mientras otros subían a bordo de sus respectivos barcos como a un calvario.

También se veían allí escenas salvajes: desgraciados a quienes habían hecho firmar su contrato por sorpresa en cualquier taberna y a quienes ahora embarcaban a la fuerza, entre sus propias mujeres y los gendarmes. Otros, que eran temibles por su gran fuerza muscular, habían sido embriagados por precaución; los traían en unas camillas, y los depositaban en la bodega de los barcos, como unos muertos.

Gaud se asustaba de ver pasar aquellas siniestras comitivas. ¿Con qué clase de gente iba a vivir su Juan? ¿Qué terrible cosa era aquel oficio de pescador de Islandia para anunciarse de aquel modo e inspirar a los hombres tales espantos?

Sin embargo, veíanse también marineros que estaban contentos y sonrientes; que sin duda, a ejemplo de Juan Gaos, amaban la vida en alta mar. Aquellos eran los buenos, como lo denotaba su exterior reposado y tranquilo; si eran jóvenes solteros, se marchaban indiferentes, echando una última mirada a las muchachas; si eran casados, abrazaban a sus mujeres y a sus pequeños con una dulce tristeza, templada por el deseo y la esperanza de regresar a su casa con los bolsillos llenos de dinero. Gaud se sentía un poco más tranquila viendo que aquellos marineros honrados y decentes formaban parte de la tripulación de la *Leopoldina*, y que, por consiguiente, Juan iba en buena compañía.

Los barcos salían del canalizo de dos en dos, o de cuatro en cuatro, a remolque de unos vaporcitos. Apenas se ponían en movimiento, los marineros, descubriéndose la cabeza, entonaban a voz en grito el cántico a la Virgen "¡Salve, Estrella del Mar!". Sobre el muelle, las mujeres agitaban sus pañuelos en señal de despedida, y las lágrimas corrían bajo la muselina de sus cofias.

Así que la *Leopoldina* hubo salido del canalizo, Gaud se encaminó con paso rápido hacia casa de los Gaos. En efecto, la *Leopoldina* debía fon-

dear en la gran rada, delante de Pors-Even, para darse definitivamente a la vela aprovechando la marea de la noche, y por eso Juan y ella se habían citado en casa de los padres del primero, para darse el último abrazo.

Fiel a la cita, Juan bajó a tierra en la lancha de su barco para pasar al lado de su mujer las tres horas que le quedaban libres antes de aparejar.

Seguía haciendo el mismo tiempo primaveral, el mismo cielo tranquilo. Salieron de paseo cogidos del brazo, y fueron hasta su casa, para que Juan se despidiera también de la señora Moan, que se puso contentísima al verle.

Juan refirió que a bordo de la *Leopoldina* habían sorteado los *puestos*, y que a él le había tocado uno de los mejores. Margarita pidió explicaciones sobre aquello, en su ignorancia del tecnicismo del oficio.

—Mira, Gaud—le decía él—, sobre la cubierta de nuestros barcos hay unos agujeros abiertos a cierta distancia unos de otros, que sirven para plantar pequeños soportes de rodetes, en los cuales pasamos nuestros cordelillos. Antes de partir, jugamos estos agujeros a los dados, o bien se echan suertes poniendo papelitos numerados que cada cual va extrayendo del gorro del grumete. A cada cual le toca el suyo, y durante toda la campaña de pesca, ninguno tiene derecho a plantar su cordelillo en otro sitio que en el que le ha correspondido en suerte. Pues bien: el que a mí me ha tocado está a popa del barco, que es, como debes saber,

el sitio más favorable para coger muchos pescados; además, es un sitio que tiene la ventaja de estar cerca de los grandes obenques, donde siempre se puede colgar un pedazo de lona embreada, un capote de hule, en fin, cualquier cosa que lo proteja a uno de la nieve y de las grandes lluvias y le permita ver un poco más claro en la superficie del mar.

Se hablaban en voz baja, como si temiesen hacer huír más de prisa los instantes que les quedaban. Su conversación tenía ese carácter aparte de todo lo que va a concluir inexorablemente; las cosas más insignificantes que se decían, parecían en aquel momento misteriosas y supremas...

Cuando llegó el último minuto, Juan cogió a su mujer entre sus brazos, y se estrecharon el uno contra el otro sin decirse ya nada, en un largo abrazo silencioso.

Se embarcó en su bote, cuya vela gris se tendió a un viento muy ligero que se levantaba del Oeste.

El agitaba su gorro, y ella le seguía con la vista mientras pudo divisar la silueta oscura, erguida sobre el azul ceniciento de las aguas.

A medida que la *Leopoldina* se alejaba, Gaud, como atraída por un imán, seguía a pie a lo largo de la playa el camino que recorría el buque. Pronto tuvo que detenerse, porque había llegado al límite de las tierras; entonces se sentó al pie de una cruz plantada en lo último de la costa, entre las piedras y los juncos marinos. Todavía divisaba la *Leopoldina*. Las aguas tenían grandes ondu-

laciones lentas, como los últimos latidos de alguna tormenta formidable que hubiera habido allá lejos, detrás del horizonte, pero todo permanecía pacífico.

Gaud miraba con avidez, tratando de fijar bien en su imaginación la fisonomía del barco, su silueta de velamen y de carena, a fin de poderla reconocer desde lejos cuando llegara el día de esperar su regreso, desde aquel mismo sitio.

Bien pronto la *Leopoldina* no fué más que un pequeño punto gris; no iba a tardar en llegar a la extrema orilla de las cosas visibles, para entrar en los senos infinitos de la obscuridad que empezaba a envolverla.

A la caída de la tarde, el barco desapareció por completo, y Gaud tornó a su casa, en realidad bastante animosa, a pesar de las lágrimas que no podía contener. ¡Cuánto más penoso, en efecto, hubiera sido el vacío de su alma si Juan hubiese partido como las veces anteriores, sin despedirse siquiera de ella! Ahora todo había cambiado en sentido altamente consolador; Juan era tan suyo, se sentía tan amada a pesar de aquella separación, que al volverse sola a casa sentía al menos el consuelo y la deliciosa esperanza de aquel *hasta la vuelta*, que se habían dicho al abrirse el largo paréntesis de la ausencia.

XXXVI.

Pasó el verano, triste y ardoroso. Gaud empleaba su tiempo acechando las primeras hojas amarillentas, las primeras reuniones de golondrinas que partían, el primer brote de los crisantemos.

Había escrito cartas a Juan por los paquetes de Reickawick y por los cruceros, y a fines de julio tuvo la inmensa alegría de recibir una de Juan, en la que le informaba de que su salud era muy excelente, que la temporada de pesca se presentaba muy bien y que él solo había cogido 1.520 bacalaos.

Todas estas cosas estaban dichas en el estilo sencillo y uniforme que sirve de modelo a las cartas de los islandeses a sus familias. Los hombres que, como Juan, no han recibido más que una educación primitiva, ignoran completamente la manera de escribir las mil cosas que piensan, que sienten o que sueñan. Ella, con su espíritu muchísimo más cultivado, supo tener en cuenta esta circunstancia y adivinar la ternura profunda que había dictado aquella misiva, laboriosamente escrita por una mano ruda. En las cuatro páginas de la carta la palabra *esposa* se hallaba repetida

muchas veces, revelando la fruición con que se complacía en escribirla. El sobre, por sí solo, era una cosa cuya lectura regocijaba a Margarita: *A la señora Margarita Gaos, casa de Moan, en Ploubazlanec.* ¡Hacia tan poco tiempo que se llamaba la señora Margarita Gaos!

* * *

Había tenido mucho trabajo en aquellos meses de verano. Las paimpolesas, que al principio habían desconfiado de su talento de obrera improvisada, bajo el pretexto de que no estaba acostumbrada a trabajar para nadie, habían tenido que convencerse, por el contrario, de que poseía una capacidad superior para hacerles trajes que las favorecían, con lo que Gaud se había convertido en la modista de más reputación de aquellos contornos.

Lo que ganaba con su habilidad de modista lo iba dedicando a embellecer la casita, para que Juan, a su regreso, la encontrase de mejor aspecto. Los armarios, las viejas camas en forma de camarotes de barco, iban siendo reparados, barnizados, y los antiguos herrajes, reemplazados por otros nuevos y relucientes. Las colchas habían sido también substituídas, y el moblaje se había aumentado con una mesa nueva y varias sillas.

Todos estos gastos los había hecho sin tocar para nada al dinero que su Juan le había dejado

antes de partir, y que guardaba intacto en una cajita de la China.

En las tardes de verano, a las últimas claridades del día, sentada delante de la puerta en compañía de la abuela Moan, cuyas ideas eran mucho más claras de la estación calurosa, hacía, a la aguja, una elástica de lana azul, destinada a Juan. Los bordes del cuello y de las mangas ostentaban calados y labores complicadísimos.

A medida que la estación avanzaba se iba teniendo conciencia del decrecimiento de los días. Ciertas plantas, que habían llegado en julio a su mayor lozanía, tomaban ya un tinte amarillento y un aspecto lánguido, seguro precursor de su cercano fin, mientras las escabiosas violetas tornaban a florecer al borde de los caminos, más pequeñas que antes, sobre tallos más largos. Llegaron, por fin, los últimos días del mes de agosto, y un primer barco islandés se presentó una tarde a la vista, a la altura de la punta de Pors-Even. Comenzaba la fiesta del regreso.

Era el *Samuel-Azénide* el primero en regresar todos los años.

—Es seguro—decía el padre de Juan—que la *Leopoldina* no se hará esperar. Conozco lo que pasa: cuando uno da la señal de la partida, los otros no pueden estarse tranquilos.

.....
 Volvían, pues, los barcos que habían salido a la pesca de Islandia. Al siguiente día de la llegada del *Samuel* entraron otros dos barcos, cuatro un

oía después y doce en la semana que siguió a aquella. Con ellos volvía la alegría a todo el país, y había fiesta y regocijo en casa de las esposas y de las madres; fiesta también en las tabernas, donde las hermosas muchachas paimpolesas servían de beber a los pescadores.

La *Leopoldina* figuraba entre los que tardaban, que eran en número de diez, los cuales eran aguardados de un día a otro. Gaud se sumía en esa deliciosa embriaguez de la esperanza de una dicha cercana, y todo se le volvía limpiar y arreglar las cosas para que la casa estuviera reluciente y en orden a la deseada llegada del ausente.

Tres barcos más hicieron su entrada en la rada, de los diez que se estaban esperando todavía, y dos días después fondearon juntos otros cinco. Falta-
ban dos solamente.

—Vamos, Gaud—le decían riendo las gentes—; este año, o la *Leopoldina* o la *María Juana* van a ser los encargados de barrer el camino de la vuelta.

Y Gaud también se reía, más animada y más linda en la alegría que veía tan inmediata.

XXXVII

Iban pasando días.

Gaud continuaba esmerándose cotidianamente en su tocado, hablando alegremente con las personas conocidas, yendo cada día al puerto para ver si se tenía noticia de aquellos dos barcos. Ella encontraba natural la tardanza. ¡Qué! ¿Acaso no sucedía lo mismo todos los años? Y luego ¡unos barcos tan hermosos, tripulados por tan buenos marinos!

Pero cuando entraba en su casa, llegada la noche, no podía reprimir ciertos estremecimientos de ansiedad y de angustia.

Pero, en fin, ¿de qué se sobrecogía? ¿Había motivo para alarmarse?

Margarita se asustaba de tener ya miedo...

* * *

El 10 de septiembre... ¡Con qué rapidez pasaban los días!

Una mañana en que había ya una bruma fría sobre la tierra, el sol naciente la encontró sentada bajo el pórtico de la capilla de los naufragados, en el sitio adonde van a llorar las viudas; sus ojos